

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8192

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos.

CONDICIONES.—El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibo, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Cauvain, 6. Mr. J. Jones, Faubourg Montmartre, 31. y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 106.

**LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Martes 26 de Febrero de 1889

## MORALEJA

Alfredo Visado  
Aborreció de muerte el chocolate  
Y tomó el vicio de chuparse el dedo  
Que lo llevó a tener como un tomate.  
Viendo yo al pobre padre sin paciencia  
Le recomendé «EL BARCO DE VALENCIA»  
Y al mes me escribió el padre, que Alfredo,  
Perdiendo el feo vicio que tenía,  
Ha vuelto a recobrar el apetito.

Eso prueba, lector, por vida mía,  
Que aquel que no ha probado a excelencia  
De las pastas de «EL BARCO DE VALENCIA»  
Ka hijo que se está chupando el dedo  
Igual que le pasaba al niño Alfredo.

Los cañes empaquetados y tes de la gran  
fabrica EL BARCO DE VALENCIA han obtenido  
la única medalla de plata en la Exposición  
Universal de Barcelona, y los chocolates  
la única medalla de oro.

Representante para las ventas al por mayor  
en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez  
Risueño, 3, Caridad, Cartagena.

## POSTRE DEL DIA. BIZCOCHO «PERAL.»

En las principales confiterías.

Por referirse á la fundación de Cartagena,  
damos cabida en nuestras columnas á  
la serie de artículos que el erudito y re-  
putado literato D. Eulogio Saavedra, ha  
publicado en la ilustrada revista «Lorca  
Literaria.»

No dudamos que nuestros lectores ve-  
rán con gusto tan curioso trabajo.

## EL PAIS DE LA PLATA.

RELATO DE HACE 3000 AÑOS.

Allá, en una época muy remota, que po-  
demos calcular hacia el tiempo de la toma  
y destrucción de Troya por los griegos,  
(1200 años antes de Jesucristo.) una ga-  
lera de negociantes fenicios se aproxima-  
ba por primera vez á las costas de nues-  
tra tierra murciana, viniendo de poniente  
atravesando mares, para ellos desconoci-  
dos.

El bajel había zarpado de los puertos  
patrios, en la Siria, con rumbo á los de  
Egipto, había visitado los emporios comer-  
ciales de los Farones, y continuado des-  
pués su navegación hacia el ocaso en bus-  
ca de riquezas y de descubrimientos á lo  
largo de la costa de Libia, hasta dar con las  
profundas y temerosas fauces en que las  
aguas del Mediterráneo son absorbidas por  
el inmenso Océano, entre dos encumbra-  
das montañas, la una africana y la otra  
europea, cuyo espectáculo llenó de tal  
admiración y terror á los osados navegantes,  
que no alreviéndose á franquear las  
misteriosas puertas, y revueltas corrientes  
del Estrecho les inspiraron el consagrar á  
su Dios tutelar Melcarte, el Hércules fenicio,  
las levantadas moles del Calpe y del  
Ayía, dedicando en ellas, como lo hicieron,  
con religiosos ritos, dos columnas forma-  
das de grandes y toscas piedras, en las que  
grabaron, en su idioma púnico, la célebre  
inscripción de «non plus ultra».

Después de esta consagración, que ha-  
bía de señalar la estación más apartada de  
aquel viaje y el fin del mundo entonces co-  
nocido, los fenicios viraron su rumbo hacia  
Levante, por enfrente ya de las costas es-  
pañolas, habitadas en aquella edad y por  
aquellos sitios, por los antiguos pueblos

Elisinos, llamados también Elbestios (1)  
y después Bástulos, en cuya exploración no  
pocos días se detuvieron, para tomar noti-  
cias de tierras tan nuevas y de los idiomas  
ó dialectos hablados por las diversas tribus  
que las poblaban.

Grandes y seductoras esperanzas debie-  
ron despertar estas nociones en el ánimo  
ya un tanto decaído de nuestros navegantes,  
pues prosiguiendo su viaje, con más  
entusiasmo que nunca, doblaron atrevida-  
mente el Promontor de las Agatas (2) y  
se entraron á velas desplegadas por el  
tranquilo golfo ó ensenada de los Massie-  
nos. (3.)

Al principiar nuestro relato la galera  
fenicia cruzaba por delante del cabo de los  
Tomillos (4.) Despuntaba la aurora de un  
hermoso día de verano, d ramando masas  
de luz blanca sobre la superficie del mar,  
casi adormido; el ambiente puro y tibio  
infundía vida y alegría en el que lo aspiraba  
y las brumas que velaban las lontananzas  
se levantaban ligeras disipándose en un  
cielo transparente de intenso azul. El ar-  
mador y capitán de la nave llamado Aletas,  
Serim su contramaestre y hombre de con-  
fianza, y toda la tripulación de la nave, in-  
clusos los esclavos que momentáneamente  
habían abandonado los remos, estaban de  
pie sobre cubierta, con la vista fija hacia  
la tierra deseada, que parecía surgir del se-  
no de las aguas. La neblina acabó de disi-  
parse ¡Qué magnífico espectáculo se desar-  
rolló antes las miradas atónitas de los hijos  
de Oriente! A su izquierda el mar se inter-  
naba por las oscuras concavidades de la  
ensenada en que había de fundarse después  
á Cartagena; á la derecha la llanura salada  
se extendía sin límites hasta las costas in-  
visibles de la Libia; al frente, en primer  
término, una isla pequeña, festonada de  
árboles, destacaba sobre la blanca exten-  
sión del mar, y detrás de ella, á corta dis-  
tancia, aparecía la tierra firme formando  
cadena saliente de bien recortadas monta-  
ñas. De alguna de las cimas de éstas se  
elevaba en graciosas espirales el humo de  
antiguos volcanes próximos á extinguirse,  
mientras otros picos numerosos, cubiertos  
de plata purísima, brillaban con resplan-  
dor metálico y centelleante, á los primeros  
reflejos del sol que sobre las ondas apare-  
cía.

Estrepitosas aclamaciones de alegría y  
admiración estalla: on entre los tripulantes  
de la galera, que después de los primeros  
transportes de entusiasmo se dieron prisa  
para arribar á la isla cercana, en la que rá-  
pidamente desembarcaron el material in-  
dispensable para acampar en ella el tiempo  
que duraran sus exploraciones y negocios

(1) Herodoto. De las hazañas de Hércules.  
Rufo Festo Avieno: Costas marítimas. Filisto:  
Fragmentos históricos.

(2) Así llaman al «Cabo de Gata» varios de  
nuestros escritores antiguos y en él se encuen-  
tran efectivamente ágatas preciosísimas.

(3) «Sinus Massientis» Festo Avieno. Tal  
nombre llevaba la curva ensenada que se for-  
ma entre los «dos Cabos, de Gata» y de Pa-  
tos.

(4) «Cabo Tiñoso» del latín «thymuosus»  
cosa llena ó abundante de tomillos, esa plan-  
ta aromática y salitfiera, tan común en los  
montes de nuestro país.

en las vecinas costas, según uso constante  
de los fenicios, que por motivo de seguri-  
dad é independencia utilizaban para esta-  
blecer sus factorías las islas próximas á  
tierra. Sin pérdida de tiempo desplegaron  
lujosa tienda de campaña formada de ricas  
telas bordadas de colores y colocando en  
ella la imagen que traían de su Dios tute-  
lar, sacrificaron delante del simulacro un  
blanco cordero, con inciensos y libaciones  
y consagraron á Hércules la nueva isla.  
[1] Momentos después Aletas y Serim,  
vuelto á bordo, habiendo dejado en aque-  
lla algunos hombres para custodiar los  
efectos desembarcados y completar la ins-  
talación, bogaban á todo remo hacia el país  
de la plata á cuya orilla fácilmente les per-  
mitía aproximarse, el poco calado y quilla  
plana y oval con que, para este objeto,  
construían sus naves mercantes los fenicio-  
s.

Entre tanto, confuso movimiento reina-  
ba entre los sencillos habitantes de aquella  
costa ignorada, producido por la aparición  
en el horizonte de aquel monstruo naval  
que hacia ellos avanzaba, al que considera-  
ban un coloso, y tal lo parecía comparado  
con las canoas labradas de un tronco de  
árbol que ellos usaban. Hombres y muje-  
res, ancianos y niños salían apresurada-  
mente de sus primitivas viviendas formadas  
de grandes piedras planas sin labrar ó de  
gruesas ramas de pino, no ciertamente arte  
entregadas, ó escabadas en la pendiente  
de las laderas y se encaminaban á la playa  
palpitando unos de temor, otros de admi-  
ración y todos como arrastrados por la más  
viva é irresistible curiosidad.

Cuando estuvo reunida en la orilla del  
mar aquella muchedumbre, era de ver el  
aspecto extraño y pintoresco del conjunto y  
de los diversos grupos en que se distribuía.  
Hombres y mujeres ostentaban formas  
esbeltas y bien proporcionadas, hermosos  
semblantes, mirada activa y serena, enér-  
gica musculatura, y dignas actitudes, en  
que se revelaba claramente la noble raza  
Aria, de que procedían. Sus vestidos ligeros  
eran formados de pintadas pieles ó de fibras  
vegetales, especialmente el esparto, con  
que ejecutaban labores primorosas (2) Las  
doncellas y matronas se engalanaban con  
collares y brazaletes de cuentas ensartadas  
de verde serpentina y lustrosa obsidiana, ó  
de lindos caracolillos marinos; flores y  
plumas realizaban sus tocados y no faltaban  
jóvenes agraciadas que lucían en su negra  
y abundante cabellera la aromática rosa  
silvestre de nuestras montañas, alabada de  
Plinio por temprana, en las campiñas de  
Carthago Nova (3) Los hombres usaban  
hachas, lanzas, flechas y puñales esme-  
radamente fabricados de jaspe diorita, peder-

(1) Todavía llaman Estrabón y Atheneo  
isla de Hércules, á esta isla que lleva el nom-  
bre de Escombreras, tomado del pez «Scom-  
ber», la anchoá, antes y ahora abundante en  
sus aguas.

(2) Bien conocidos son los esquisitos tra-  
bajos de esparto en prendas de vestir y de  
otras clases, hallados en la cueva de los Mur-  
ciélagos de Albuñol que publicó el Sr. Gón-  
gora en sus antigüedades de Andalucía y se  
conservan en el Museo arqueológico nacio-  
nal.

(3) Historia natural lib. 21.

nal, huesos de jabañi ó durísimo marfil  
fossil, pendientes de sus hombros ó de su  
cintura por tiras de cuero adobado y se  
cubrían con capacetes formados con los  
despojos de las fieras que habían muerto  
en la caza, ó de duros tegidos vegetales.  
Todos ostentaban con profusión hermosas  
placas de plata elaboradas al golpe de sus  
martillos de piedra, y el Patriarca de la  
tribu, anciano magestuoso de barba blanca  
y rostro venerable, que acudió rodeado de  
los guerreros y de los principales caudillos,  
ceñía á su cabeza una diadema de oro purí-  
simo, formada con igual procedimiento,  
de una gruesa pepita de tan precioso metal  
de las que abundaban en aquella época por  
estos parages. (1).

(«Se continuará».)

EULOGIO SAAVEDRA.

## Variedades.

Solución á la charada dedicada á la Socie-  
dad X por la de Los tres.

Al leer esta mañana  
la charada de Los tres  
dije á mi amigo Ginés:  
ésta, debe ser DIANA.

Gracias por el saludo Sr. Yo, y lea:

Tu charada es á fe mía  
líbil como pocas de ellas,  
mas no es obra para bellas  
como cualquiera diría.  
Pasamos la noche entera  
todas las iluminadas  
con combinaciones dadas  
desde prima á la tercera.  
Y todo inútil ha sido:  
Sr. Yo, queda probado  
que es V. muy ilustrado  
y á todas nos ha vencido.  
Pero si hace más charadas  
que nosotros acertamos  
conste que á V. le mandamos  
una libra de MELADAS.

Las Iluminadas.

Solución al logogrifo numérico.

Estando yo en la garita  
dí el ¡quién vive! á una mujer,  
y no tardó en responder:  
¿Que... quién vive? MARGARITA.

A la charada de Las Iluminadas.

¡PARDIEZ!... dije ayer al ver  
la charada de la muestra;  
si aquesta, diez no la aciertan  
sí que la aciertan

Los Tres.

Soluciones á las charadas números 1 y 2  
de El Eco de anoche.

1.ª

Con el toque de Diana  
me entusiasmé de tal modo,  
que por acertar el todo  
madrugué yo esta mañana.

2.ª

Siempre que «La Iluminada»  
En escena vi poner

(1) Una corona de oro como la que se  
describe, se encontró en la cueva de Albuñol,  
como también los capacetes y correas. Las  
armas, collares y adornos mencionados se ha-  
llan con bastante frecuencia, en las estacio-  
nes prehistóricas de nuestra provincia.